

5893

22 (2)
10/10/2014

que nosotros hubiéramos inventado, y que hubiera sido mucho más alegre y divertida, y sin tantouento de discursos por la radio y ~~tantos~~ ^{mucho} bombardeos que servían más para matar a los niños y a sus mamás, que vivían en Barcelona, ~~que iban a Barcelona, a empes~~ que para hacer que se rindieran los de nuestro bando.

Al comenzar esa fea y sucia guerra, muchos de nuestros amigos desaparecieron, sin ni siquiera despedirse: sus familias se los llevaban, pasando por Francia, a la zona de los facciosos, y así vivieron, sucesivamente, en Salamanca, en Burgos en Bilbao o en San Sebastián. Al volver vencedores de una guerra que no ~~de ninguna manera~~ ^{de ninguna manera} ~~en los fascistas~~ nosotros no perdimos, nos contaban que siguieron merendando cada día: había más comida allí. Aquí, se acabó la merienda, se acabó casi todo, se acabó la familia, ~~la más querida~~ decir.

En las calles de la zona leal inventamos, al fin, otras guerras diferentes, y nos hacíamos prisioneros unos a otros, pero sin matar a nadie: el Paulino de Can Bosch se murió él solo al estallarle una Laffitte que él intentaba desmontar por su cuenta, pero eso no fue culpa nuestra. El Paulino se quedó muerto del todo, y lloramos: era muy alegre y muy valiente.

Lo malo fue que los facciosos de Burgos cada día nos bombardeaban más y más cerca y más duramente. Así ya podían. Otros amigos desaparecieron, pero no iban a Burgos con sus familias, sino a lugares tan raros como Francia, Rusia, México, Chile o Argentina.

Al final, nos rendimos, Las calles se llenaron de boinas y de uniformes y de moros y de banderas. ¿Qué iba a pasar? Pues pasó que nuestras tías, que eran de derechas de toda la vida, aterrizaron en casa. Mi madre ya no estaba con nosotros para pararles los pies a aquellas harpias, y mi padre ya no estaba para nadie, ni siquiera para sí mismo. Total, que aquel vuelo de brujas sulfúricas nos metió en el colegio de pago de los Padres Jesuitas de Sarrià. No me dejaban hablar en catalán, pero lo hablaba igual con mis amigos; nos hacían formar para la ceremonia de alzar la bandera aquella, que era como la de ahora.

pero en feo, con muchos garabatos y pinchos, y luego nos arrastraban a misa cada día; una barbaridad, decía mi padre.

Una cosa muy importante era conseguir que no te disfrazaran con calcetines blancos, machete que no servía para nada, pantalón corto y una gorra, para que así no te pudieran llevar a lo que decían el campo, a hacer el gilipollas. Tío Leopoldo era médico y nos conseguía certificados terroríficos: no podíamos saludar brazo en alto por tener los dos hombros dislocados permanentemente, no podíamos caminar por el campo debido a nuestros pies planos amén de un derrame sinovial recidivante, y no debíamos cantar himnos por tener pólipos en las cuerdas vocales.

A las niñas de nuestra edad o más jóvenes les pusieron un uniforme muy bonito y muy precioso, y una medalla de la Virgen. Eran de la Virgen, pero estaban monísimas. Ya no las dejaban juntar con nosotros: eran puras, eran de Jesús María. Y las monjas les decían, señalando al cercano Colegio Lassalle Bonanova, a donde fui a parar cuando me expulsaron de los Jesuitas: "Hijas, sois el jardín del Señor: !no echéis las margaritas a los cerdos!" Los cerdos éramos nosotros, pero nos veíamos con ellas en cualquier lugar y en cualquier momento: eran un amor.

NIÑOS AFORTUNADOS II
En Barcelona la cuestión de comer estaba aún más dura que en el pueblo. Nos alimentábamos de cosas raras: hojas de patatera hervidas, tripas empanadas con talco o algo así, algarrobas buenas, huevos de urraca o de avestruz, pan de color carbón, pesado y duro como una piedra granítica, y sopas indefinibles de un maravilloso color gris-cabra.

Si TALLERES
PER AQUÍ
SIREN 80
2 DE 2 talleres
Ni curas ni hermanos cristianos nos querían, aunque éstos eran más tolerantes y caritativos. Nos reñían por cualquier cosa, deseaban que confesáramos todo -¿todo, qué?- y luego nos castigaban. Cuando me expulsaron de los Jesuitas, junto a mis amigos Alberto Blancafort, hoy el mejor director de coros de España y de parte del extranjero, y Joan Reventós Carner, Presidente de Partit dels Socialistes de Catalunya -!qué bien jugaba al fútbol en el Atleti Tres Torres, éramos muy buenos!-; decía que

cuando me expulsaron de los Jesuitas mucha gente afirmó que eso era un baldón, una vergüenza, algo peor que si te pillaran tocándose la pichuela en el cuarto de baño. Anatema, estigma. Pero ya tenía otros amigos en Lassalle Bonanova, y todos éramos foragidos, echados o "salidos fuera" del mundo de ellos. Y fuera, volvimos otra vez a fumar hoja de avellano, a corretear por los barrios oscuros, a leer todo tipo de libros sin parar, y regresamos al tiragomas y a la honda, a aullar como coyotes y a juntarnos con los niños de la calle, niños pobres les decían los que les habían hecho pobres: eran hijos de las porteras, de los basureros, de las zurcidoras, de los ferroviarios, de las peluqueras, y nos acogieron bien; y todos juntos jugábamos al fútbol, bebíamos gaseosa, rompiamos el sosiego del rosario y de la siesta en el barrio y empezamos a fumar tabaco de verdad: Ideales, Caldo de Gallina, muy buen tabaco era. Y aquellos chicos de la calle, los que decían niños pobres, muy bien. "Som como nosotros", dijimos, pero no era cierto del todo: hacían lo que hacíamos nosotros, y muchas veces mejor que nosotros. Pero no estudiaban bachillerato e iban mal vestidos. Pero nos aceptaron enseguida, y nosotros a ellos. Cada uno de nosotros era un foragido dispuesto en todo momento a partirle la cara a cualquier falangista vestido de gilipollas, a alguien franquista

!Qué diferentes eran los niños que habían estado en Salamanca, en Burgos, en Bilbao o en San Sebastián en la guerra! Nos temían ^{de miedo} porque sabían que no había nada más pincho en el barrio, y eso era muy importante. Sólo en el colegio eran algo: los gorditos subían y bajaban la bandera -peor para ellos-, borraban la pizarra, tragaban con los orinales de los curas o hermanos, y les ponían los primeros de la fila: tonterías. Así, rompiéndole la cara a mucha gente y aguantándonos cuando ellos nos la rompián a nosotros, fuimos creciendo. Las niñas también crecieron: llevaban siempre un uniforme muy bonito y nos dejaban que les tiráramos de las trenzas, que daba mucho gusto. Los días de fiesta las vestían como de señora, mayor, y no sabían caminar con tacones altos y andaban todo el rato subiéndose las medias por los rincones para que no

las mirásemos, pensaba yo entonces; pero ahora estoy seguro que lo hacían justamente para que las mirásemos. Tenían las rodillas preciosas, las piernas, y las piernas de más arriba, ^{an} muy llenitas y emocionantes, y el trasero en punta, como las yeguas de Viladrau de grata recordación. Pero las diablas encogían el pecho para dentro al andar, como si fueran tísicas, cuando casi todas ellas tenían unas tetas ^{muy} ~~preciosas~~ ^{surpresa}.

En fin, que como decía al principio, mis amigos y yo hemos sido unas personas bastante afortunadas, dentro de lo que cabe.

El bachillerato era facilísimo, al menos para mí: el abuelo me enseñaba latín hablándome y corrigiéndome en latín, con lo que le daba sopas con honda al jesuita de turno y, luego de mi bendita expulsión, al buen hermano de la Doctrina Cristiana que pretendía hacerse pasar por Cicerón. Lo de Física y Química era lo mío, y las Ciencias Naturales también, pues mi padre era Doctor en Ciencias Químicas y Licenciado en Naturales, y desde que yo era niño me enseñó las facilísimas fórmulas de la química Inorgánica y sus trucos (un ácido más una base, da sal y agua), y la maravilla de la Orgánica o Química del Carbono: metano, etano propano, butano, y los ésteres del petróleo, y el benzeno C₆ H₆ y paro por no dar el latazo. Y en literatura española y universal, los profesores se cabreaban con Luis Carandell —que luego sería mi cuñado y lo es todavía, pues su hermana menor se casó conmigo en un momento de obcecación— ya que en eso éramos inbatibles: leíamos todo, todo el día, hasta en los lavabos, y ahora comprendo que eso debió ser muy desagradable para profesores nombrados a dedo, sin título alguno, sin reciclarse y llenos de melindres. Recuerdo lo que se armó el día que Luis Carandell tradujo muy propiamente y "estrictu sensu" el epigrama de Catulo que empieza y termina así: "Predicabo ego uos et irrumabo", es decir "Os daré por detrás y por la boca". Jesús, muy bien.

Y así nos preparábamos para ir a la Universidad. Pero esta es otra historia, porque nos zurrábamos con los tipejos del SEU y con los gilipollas de la Tuna Universitaria: "Clavelitos, clavelitos..." Leches, que mariconada.